

Anatomía Patológica en Figuras Indígenas Costarricenses

Marcos Schapiro Mayer*

Aunque hay muchos coleccionistas de arqueología costarricense, pocos han sido los que se han interesado y menos, dedicado a su estudio desde el punto de vista médico. El Museo Nacional tiene en su colección múltiples representaciones de condiciones patológicas pero desgraciadamente por la mente cerrada de nuestros antepasados, las figuras allí escondidas son consideradas como "pornográficas" y se les ha prohibido mostrarlas por el temor de corromper a "nuestra juventud".

Tal vez es por tal motivo que poca atención se le ha dado a este aspecto de la arqueología costarricense lo cual ha perjudicado mucho el estudio de la Historia de la Medicina en Costa Rica.

Hemos revisado la biblioteca del Museo Nacional de Costa Rica, las publicaciones de la Doctora Doris Stone, (109) las de don Carlos Balser y otros escritores contemporáneos de la arqueología costarricense y no hemos logrado datos relativos a las costumbres médicas, las enfermedades y sus curaciones en estas publicaciones. En su libro "Las Tribus Talamanqueñas de Costa Rica", la doctora Stone habla de la prenatalidad, el nacimiento, la muerte y el entierro; describe las funciones de los participantes en los ritos de muerte y entierro, los sepultureros, el enterramiento primario, el funeral y el entierro de la osamenta. En página N° 103 de esta interesante monografía habla sobre las enfermedades pero desgraciadamente ella se limita a hablar de los Talamancas de hoy y no de los Talamancas de antaño. Es decir, su libro es netamente una observación sobre la vida cotidiana del Talamaqueño de ahora. En su sección sobre mitos dice "Latraya es la casa de la enfermedad y está localizada bajo el lugar que nace el sol. Los señores o dueños de la enfermedad se conocen con el nombre de *aragopa* o *roarago*. Fueron la primera gente del mundo, pero *sibu* les dijo que ellos tendrían que ir abajo al lugar de donde viene el sol puesto que

1. Presentado al XXXVI Congreso Médico Nacional, San José, Costa Rica. Noviembre, 1967.

la gente que él haría se enfermaría si se quedaba". Esto es todo lo que dice la Doctora Stone sobre este tema.

Y buscando en los libros más antiguos, Ricardo Fernández Guardia (4), Pedro Pérez Zeledón (6), J. Segarra y Julia (8) y otros, (1-3-5-7) los datos son más escasos. Que lamentable para nuestra historia: el material disponible para determinar definitivamente lo que sufrían nuestros antepasados está a la mano y no en escasas cantidades, sino regado por todo el país en abundancia, si sabemos como buscarlo. ¿Es que nos hemos cegado por lo netamente arqueológico, lo artístico, lo monetario y no lo básico y fundamental de la arqueología? Esta base de la arqueología paleontológica es la capacidad de establecer, determinar, presumir o definir la vida cotidiana de los indígenas por los artefactos que ellos nos han dejado en sus cementerios. Esto toma un poco de perseverancia, un poco de adivinanza o un poco de suerte, para poder captar la idea del escultor, de una figura, completa o incompleta, tomando en cuenta su formación, lo que muestra o lo que trata de representar. Tenemos que usar los ojos, observar pequeños detalles y la figura como un conjunto que refleja un ser humano, visualizando todas esas condiciones a que el ser humano es susceptible. Solamente así podemos llegar a un presunto diagnóstico ya que carecemos de exámenes de laboratorio, de rayos equis, y los demás medios del médico de hoy. Una vez que entramos en este estado de mente para el estudio de una pieza, con el punto de vista de la paleontología, entonces si podemos llegar a un diagnóstico que admitimos pueda ser erróneo, pero a lo menos estamos viendo la pieza desde el punto de vista médico, y no solamente como otra figura rara, otro porrón y otra vasija. Recuerden que las representaciones patológicas pueden tomar muchas formas, pero esto depende de la capacidad del artista, su habilidad y dexteridad en reproducir lo que él ha observado y más los efectos del entierro prolongado sobre la cerámica en sí. Don Carlos Balser tiene una cuchara o batidora de barro en forma de un pene con CIRCUNCISION, un acto muy común entre los indígenas de ciertas regiones de Costa Rica y no netamente de origen israelita como hemos pensado. El Doctor Peña Chavarría tiene unas piezas de sumo interés médico ya que una muestra definitivamente los rasgos de una poliomiélitis mientras que el otro muestra una pareja siamesa (juntados lateralmente) con un niño al hombro de la mujer. Cuantos más ejemplares de estos importantísimos datos médicos están escondidos dentro de las cuatro paredes de nuestros afamados coleccionistas sin ver la luz del día. Será de sumo interés estudiar todos estos artefactos en relación con casos actuales vivientes hoy día en los hospitales locales. Estoy casi seguro que encontraríamos muchas representaciones de estas figuras en los salones del Hospital San Juan de Dios.

Si pensamos en estudiar la historia médica de Costa Rica, debemos empezar con nuestros antepasados, no los del siglo 18 ó 19, sino

en los tiempos indígenas. En América, las Escuelas Peruana y Mejicana de Arqueología y Patología han realizado durante muchos años una labor encomiable aunque generalmente poco conocida. Los peruanos han trabajado a base de la autopsia sistemática de momias y en todos los libros de patología es posible ver fotografías de cráneo indígenas en los que hay huellas de actividad neuro-quirúrgica realizada por los Incas; tal vez en nuestro ambiente se conozca un poco más de los progresos realizados en Méjico, por el conocido intercambio comercial entre los pueblos indígenas. La medicina es el resultado de la actitud del hombre, de su reacción ante la enfermedad, el dolor y la muerte. Movido por el deseo o necesidad de alejar estos males forjó ideas, ejecutó actos y descubrió hechos cuyo conjunto constituye el saber y qué hacer médicos. La enfermedad es un fenómeno que se da en un organismo con vida. Si este organismo es el humano, el proceso patológico ya no es puramente fisisico, ni siempre tiene ese origen. Una cosa es la enfermedad humana considerada como fenómeno biológico, con su causa bien determinada así como sus lesiones tisulares y anomalías funcionales, y otra la concepción del fenómeno patológico como un proceso que involucra, además de lo somático, a lo psíquico y lo social. Puesto que el hombre es un ser biopsicosocial, su enfermedad tiene estas mismas características. Qué extraño es leer en los libros de los siglos pasados relatos como los del Padre Sahagún (2) y sus contemporáneos describiendo estados patológicos, anormalidades, y situaciones que nunca hubiéramos pensado fueron conocidos antes de la época de Koch, Pasteur y los padres de la medicina moderna, pero si se conocían y si se podían aliviar y remediar. Pero como se ha dicho, en la mayoría de los casos las enfermedades se relacionaban con la religión y la mitología. Perversiones sexuales (comunes en los Talamancas aún hoy día); erotismo, interés anormal en las glándulas sexuales; fueron representaciones comunes en las figuras indígenas, no solamente en México y Costa Rica, sino también en el Perú especialmente. El Museo Nacional de Costa Rica tiene muchas representaciones fálicas en sus bodegas que no exponen por razones ya dadas. Refiriéndonos nuevamente a la cultura mexicana, Hans Dietrich Disselhoff y Sigvald Linne, en su libro "América PreColombina" presentan dos figuras de barro, la primera (página N° 25) representando a un jorobado. Dice que "en determinados lugares de América Precolombina los jorobados eran un motivo bastante frecuente en la cerámica. Formaban parte también de la corte mejicana y de la de los emperadores Incas del Perú; paralelismo con las cortes reales de la Europa de entonces en las que el bufón era a menudo un jorobado". Otra figura (página 53), muestra el momento del alumbramiento del dios del maíz Centéotl. Explica que durante las fiestas de la cosecha "se vestía un sacerdote con la piel *arrancada* de una mujer y, sentado en el suelo, ante la escalera del templo principal, simulaba el alumbramiento del dios. El dios del maíz podía hacerse cargo de los pecados y enfermedades de los hombres y borrarlos. Así pues que los sacerdotes de esta diosa podían perdonar los

pecados por medio de la confesión, asignación y cumplimiento de una penitencia. Esto sólo podía hacerse una vez en la vida, por ello la gente esperaba para su confesión la edad avanzada, cuando casi todos los pecados habían perdido ya su atractivo, así lo afirma por lo menos el eminente científico e investigador Fray Bernardino de Sahagún". De esta costumbre y hallazgos en territorio costarricense estos autores están mudos no nos dan ni una sola idea para esclarecer nuestro problema.

Por lo que diremos nos tenemos que guiar, forzosamente, por lo escrito en lo referente a los Indígenas de México, ya que de ellos se tiene muchos más conocimientos, se han estudiado más, y se han descubierto más hechos comprobables por los encuentros arqueológicos de ese país. No hay que extrañarse si lo que decimos es "suposición", ya que carecemos de pruebas fidedignas para declaraciones definidas. Existen numerosas pruebas de que para el indígena la enfermedad es obra de los dioses, es un acto provocado por la maldad de los hombres o un fenómeno que resulta de mecanismos de carácter mágico. En México son los dioses Tláloc, Macuilxochitl, Tezcatlipoca y otros que castigan con enfermedades a quienes no observan a satisfacción los preceptos religiosos. Por otra parte, hay una innumerable cantidad de dioses cuyo poder patógeno es espontáneo; tal es el caso de las Cihuateteo, mujeres divinizadas por haber muerto durante su primer parto, que sin tener motivo y sin perseguir algún motivo, provocan en los niños enfermedades variables. El odio y la codicia mueven a ciertos individuos dotados de poderes especiales, por desgracia mal definidos por los historiadores, para causar en sus semejantes enfermedades y muerte. Sahagún, el famoso padre de los tiempos de los Conquistadores, los ha llamado "hombres malos", quienes valiéndose de ciertos actos, algunos de los cuales se pueden calificar como propiamente mágicos por la descripción dada, "el hombre queda ataviado como si estuviera muerto", nos parece una forma de hipnosis, trance cataleptico u otro trastorno del psiquis.

Queda otro grupo de enfermedades cuyo desarrollo el indígena relacionó con ciertos fenómenos naturales. Ellos tenían la idea de que por el oler, orinar, pisar o sentarse sobre una flor que parecía un jazmín, de rico olor, producía una enfermedad ginecológica en la mujer y también en los hombres, la cual enfermedad se formaba en las partes inferiores del cuerpo y que parecía como almorranas". Pero en todo caso, lo que sabemos de los historiadores es que en ningún momento los hechos nos revelan una observancia atenta y razonada; más bien demuestran que nacieron de consejos o historias populares. Mendieta en 1945 tras largos años de estudio llegó a la conclusión de que las enfermedades leves (rasguños, raspaduras, cortadas por ejemplo) no eran el resultado de un castigo divino y que su curación podía hacerse sólo a base de remedios caseros y empíricos, sin mezclar actos mágicos o religiosos. El médico era llamado a curar las enfermedades agudas y pe-

ligrosas, diciéndole al enfermo que su dolencia era causada porque "tú algún pecado has cometido", mientras en los casos leves le ponía algunas yerbas o cosas similares.

En la sociedad indígena existían médicos de ambos sexos que ejercían sus actividades hasta con cierto aspecto de especialización y que contaban con un enorme número de productos, especialmente vegetales, usados como medicamentos; había parteras que sabían cómo acomodar el feto para evitar el parto distócico; se abrían abscesos y se suturaban heridas: se hacía todo esto porque los indígenas no querían sufrir ni morir. Su actitud frente a la enfermedad era la lucha y una lucha de tipo militar, para sobrevivir, y de lucha con la conciencia para poder vivir mejor y no sufrir más enfermedades. El destino de los indígenas en el otro mundo no dependía de la conducta durante su vida sino de las condiciones en las que la muerte tenía lugar. Los recién nacidos iban al sitio donde existe el "árbol nodriza"; los que morían en la guerra o las mujeres que morían durante el primer parto iban a la Casa del Sol; los que morían ahogados, fulminados por el rayo o víctimas de "la lepra", "la gota", o "la hidropesía" iban al lugar denominado Tlalocan. Los que morían de otras enfermedades eran los menos favorecidos pues iban a la región de los muertos, al Mitclan, donde la sobrevivida era sólo de 4 años.

Se ve pues que las muertes más favorables, o es decir, las enfermedades que más les gustaban al indígena eran las que le conducía al "Olimpo" de ellos; con las demás enfermedades buscaban toda manera de curarse para evitar una muerte transitoria, llena de penalidades e intranquilidades. En conclusión se puede decir que aun las delicias prometidas después de ciertas muertes, el indígena no deseaba morir; por eso, en cuanto enfermaba, o cuando la mujer tenía dificultades para parir, recurrían a médicos y parteras. Ya sabemos que los indígenas tenían buenos conocimientos de la distocia en el embarazo; conocían "la lepra", la "gota" y la "hidropesía", y durante el tiempo preclásico, cuando se originó el dios de la lluvia empezaron a conocerse una serie de enfermedades como gota de la mano, de los pies o de cualquier parte del cuerpo; el tullimiento de algún miembro del cuerpo o de todo éste; el envaramiento del pescuezo o de otra parte del cuerpo; el encogimiento de algún miembro o el pararse yerto. Conforme Sahagún (4) nuevamente todas estas enfermedades se relacionaron con los dioses del agua y del viento y pueden corresponder a alteraciones reumáticas de articulaciones y de músculos.

Siempre habíamos creído que las enfermedades venéreas llegaron al nuevo mundo con los conquistadores, pero conforme lo que dice el médico Fernando Martínez Cortés, los indígenas creían que el dios Xochipilli, deidad del placer del amor y de la prostitución causaba ciertas enfermedades venéreas. Así se ha encontrado en el "Libro de los Desti-

nos" donde el destino del indígena estaba marcado desde el día de su nacimiento "para que Xochiquétzal no te castigue con bubas incurables y otras enfermedades contagiosas tú mujer labradora, debes ayunar antes del día 7 -flor" (Fuente Códice Borgia).

No es posible en el corto espacio disponible, hacer un resumen completo de la Patología, congénita o adquirida, conocida por nuestras poblaciones indígenas, pero ya nos damos cuenta en lo poco que he relatado, que muchas enfermedades que hemos creído netamente nuestras, fueron conocidas por nuestros antepasados pre-hispánicos; que un estudio de la Historia Médica de nuestro país debe empezar con el estudio de lo encontrado en los cementerios pre-colombinos y de allí para adelante. Todo lo escrito en los párrafos anteriores han sido ideas o impresiones que he adquirido durante el estudio de las piezas indígenas que tengo en mi colección personal basándome en la mayoría de las cosas en lo que se ha descrito en referencia a los Indígenas de México. Aparentemente mis suposiciones, aun sin ser un arqueólogo experto, están basadas en hechos ya comprobados, ya que la Doctora Doris Stone previamente ha escrito sobre esta relación e intercambio de modales. En agosto de 1966, esta patrona del Arte Indígena describió para la "Asociación de Amigos del Museo", una vasija de Tlalóc, dios de la lluvia, encontrado en El Panamá, Bahía Culebra, Guanacaste, que pertenece a la fase cultural de Teotihuacán 3" y que tiene aproximadamente 1500 años. Carlos Balsler, también asesor Honorario de nuestro Museo describe unas orejeras de la misma época, ambos artefactos teniendo anexas y relaciones íntimas con la medicina si uno lee cuidadosamente estas dos presentaciones. Basta con esto para asumir nuevamente que nuestras costumbres indígenas fueron adaptadas y copiadas de nuestros compañeros del Norte, pero la aplicación, la fidelidad con que se copiaron estas costumbres y las leyes variaban con la región costarricense donde reinaban nuestros antepasados. Es natural que las costumbres y las ideas, las prácticas y las normas fueron más idénticas a las de México en nuestro territorio del Norte que en el territorio sureño.

Ya sabemos bien que todo lo encontrado en las tumbas indígenas tiene una razón para estar allí, es decir, conforme la religión, las normas de vida etcétera, el muerto tenía que ser acompañado por artefactos de utilidad para él en la vida nueva. Así pues, encontramos utensilios de uso diario para su alimentación; si fue guerrero, se le acompañaba de sus armas útiles; si fue Cacique, de sus ornamentos reales y hasta se les hacían figuras (por parte de familiares o amistades) en honor de sus capacidades, cualidades o en memoria de un evento anterior a su muerte. También se nos dice que se entierran imágenes de su persona indicando la causa de la muerte como un recordatorio en la vida eterna de sus pecados mortales; por otro lado se hacen estas figuras para enfatizar una anomalía o un fenómeno físico del muerto que lo ha

destacado durante la vida. Tenemos que tener en mente cuando estudiamos estas figuras hoy día que nuestros indígenas sabían cómo preservar los cadáveres, ya que no enterraban sus muertos de inmediato sino los envolvían en telas, previamente habiendo sometido el muerto a un ahumamiento y después de un año, entonces si se le enterraba los huesos restantes. Hay que aclarar aquí que esta costumbre variaba con la región del país y con las tribus indígenas, en relación a todos estos actos religiosos, la momificación, la envoltura del cadáver, la colocación en su puesto temporal y al final, el rescate y entierro de los huesos caían en manos de los sacerdotes y sus acólitos, especialmente adiestrados en este arte y quienes tenían la obligación de impartir sus conocimientos a esos especialmente escogidos para esta tarea. Hoy día todavía se practican estas costumbres en ciertas partes de Talamanca.

Este trabajo ha sido realizado con la colaboración del Servicio de Anatomía Patológica del Hospital San Juan de Dios; deseamos dejar constancia de nuestro agradecimiento a don Carlos Balser S., Asesor honorario del Museo Nacional, por sus consejos, ayuda técnica en la preparación del documento y por las facilidades hechas al ofrecer su colección personal de libros especializados que facilitaron la labor; y al señor Charles Rozaire, Arqueólogo de Los Angeles County Museum, Los Angeles, California, por su autenticación de los artefactos.

RESUMEN

La grandeza de la riqueza anatomo-patológica que se encuentra en el arte precolombino costarricense, no ha recibido hasta los momentos, el enfoque que merece. Los doctores Peña Chavarría, Aguilar Bonilla y el suscrito, son en mi conocimiento los que más han dedicado sus colecciones a ese punto de vista. Para poder descifrar el enigma de las representaciones patológicas indígenas de Costa Rica, no es de un médico aislado, porque requiere la colaboración de opiniones de todas las especialidades, si deseamos saber de qué padecían nuestros antepasados.

Anatomía Patológica:

Estamos sumamente agradecidos al doctor Manuel Pérez Zeledón por su gentileza en obsequiarnos la Revista Médica de Costa Rica de marzo 1941 en la cual aparece un editorial del Dr. Joaquín Zeledón Alvarado, más un trabajo valioso sobre "Contribución a la prehistoria médica de Costa Rica". Tomen nota que este trabajo es hecho por un costarricense de origen alemán, doctor en ciencias y no por un médico. Para nosotros estos dos trabajos eran completamente desconocidos, ya que no los habíamos encontrado durante las encuestas que hicimos de los trabajos existentes en el Museo Nacional y tampoco aparecen en el tarjetero indiciario de títulos en la Biblioteca Nacional.

Cabe enfatizar que el editorial especifica que el trabajo patrocinado por el Director del Museo Nacional, Prof. Valerio es el PRIMER

trabajo que se haya publicado en Costa Rica y aun en Centro América sobre prehistoria médica, y es exclusivamente dedicado a tres encuentros en figuras de piedra sin mencionar artefactos de arcilla o barro, cosa extraordinaria ya que asumimos que éstos se encontraban también en esas épocas. La editorial predica en casi nuestras propias palabras "La mayoría de las representaciones de edad de piedra no obedecen seguramente sólo a motivos históricos, sino, ante todo, a móviles mágico-religiosos".

Von Bülow describe un monstruo univitelino, de dos cabezas, juzgando por tal motivo que la sífilis existía en América antes de la llegada de los europeos, conclusión que habíamos llegado a asumir por una figura de barro en nuestra propia colección. Su segundo caso, casi paralelo con unos de nuestra colección lo califica como de tipo de edema por una desnutrición general con desórdenes circulatorios locales del sistema porta o con grandes exudados de origen infeccioso. Su conclusión entonces es que el modelo o era un cirrótico o sufría de un tumor que por compresión alterara la circulación local o era víctima de una peritonitis tuberculosa.

Es interesante ver como Von Bülow analiza punto por punto, la figura, separando las partes del cuerpo humano y después juntándolas de nuevo para llegar a un supuesto diagnóstico con una lógica y facilidad de técnica que nos deja asombrados pero también admirados por encontrar un primer trabajo de esta índole.

Deseamos terminar recalcando unas palabras expresadas en el editorial: "Todavía la exploración de la medicina indígena ES UN VASTO CAMPO INEXPLORADO. EN TODO CASO EL IMPULSO, ESTA DADO, LA SEMILLA SEMBRADA; NO DUDAMOS DE QUE LA OBRA SE PROSEGUIRA." Así lo esperamos.

BIBLIOGRAFIA

- 1.—ARMUELLES, PEDRO.: Programa de la Historia de la América Indígena Unión Panamericana, Washington, D.C., 1961.
 - 2.—DE SAHAGUN, FRAY BERNARDINO.: Historia General de las Cosas de Nueva España. Editorial Porrúa, S. A., México, D.F., México, 1956.
 - 3.—DISSELHOFF, HANS DIETRICH: Linne, Sigvald. América Pre-Colombina. Editorial Praxis, S. A., Barcelona, España, 1962.
 - 4.—FERNANDEZ GUARDIA, RICARDO.—Reseña Histórica de Talamanca. Imprenta Alsina, San José, Costa Rica 1918.
-

- 5.—GONCALES DE LIMA, OSWALDO.: *El Maguey y El Pulque en los Códices Mexicanos*. Fondo de Cultura Mexicana, México, D.F., México 1956.
 - 6.—PEREZ ZELEDON, PEDRO.: *Costa Rica-Panamá Arbitration Papers*, Vol. 3. Commonwealth Company Printers, Virginia, 1913.
 - 7.—REVERTE C., DOCTOR JOSE M. *Cultura Médica de Los Incas*. Publicación Privada, Panamá, 1960.
 - 8.—SEGARRA y JULIA, J.: *Excursión por América — Costa Rica*. Imprenta Alsina, San José, Costa Rica, 1907.
 - 9.—STONE DORIS: *Breve Esbozo Etnológico de los Pueblos Indígenas Costarricenses*. Estudios Antropológicos, México, D. F., México, 1956.
 - 10.—STONE, DORIS.: *Las Tribus Talamanqueñas de Costa Rica*. Editorial Antonio Lehmann, San José, Costa Rica, 1961.
 - 11.—VON BULOW, TULLIO:—*Contribución a la Prehistoria Médica de Costa Rica*. *Revista Médica de Costa Rica*, N° 83,4: 440, 1941.
 - 12.—ZELEDON, J.:—*Medicina Aborigen*, página 426. *Revista Médica de Costa Rica*. N° 83, 4: 1941.
-